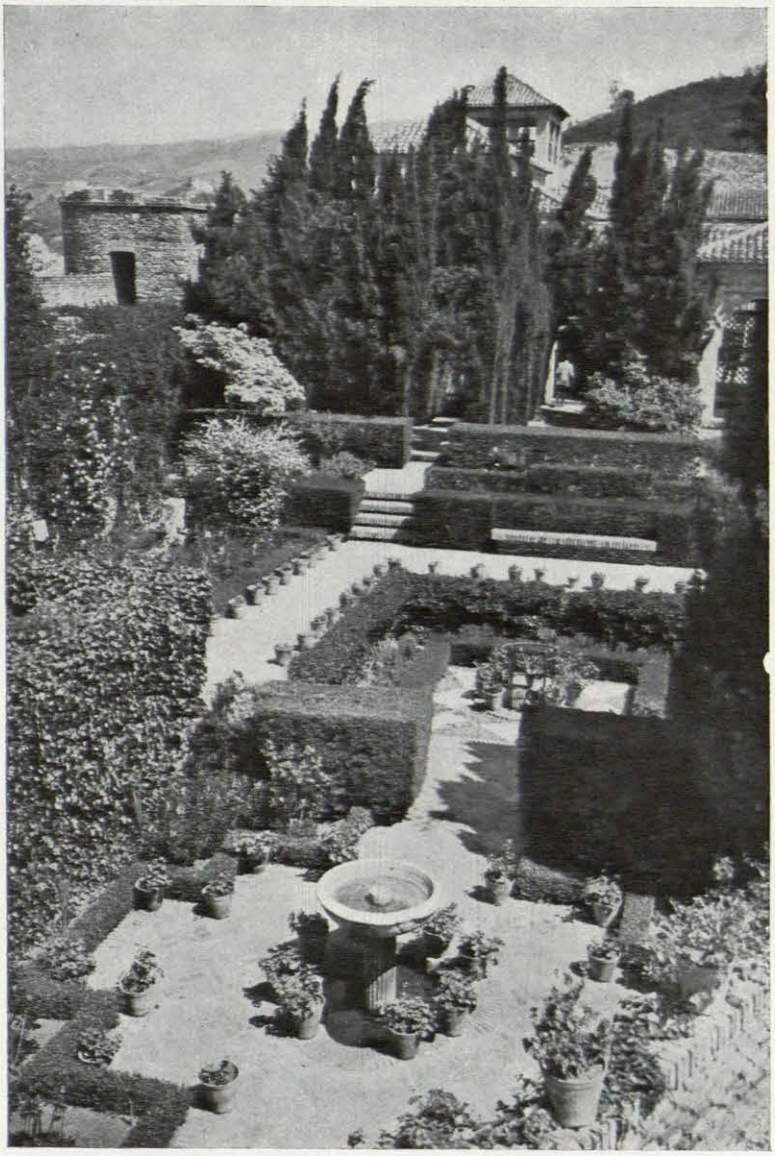
Fragmentos de un epistolario

Fernando Chueca Goitia, arquitecto



Málaga.—Jardines de la Alcazaba, restaurada por Leopoldo Torres Balbás.

Cuando un hombre eminente desaparece la primera impresión que se siente, junto con el dolor, es la del vacío que su marcha origina. Es ya casi tópico decir que era insustituíble, y la verdad es que frente a ese conformismo un poco ramplón de los que piensan que nadie es insustituíble, nosotros opondríamos la afirmación contraria: no hay persona, por modesta que sea, que pueda ser sustituída por otra. Este es el fundamento mismo de la personalidad humana.

Si existe una posibilidad de sustituir—a veces con ventaja—el cometido que un hombre ejerce, lo que es insustituíble es el hombre mismo. Cuanto más rica sea por tanto la personalidad, tanto mayor será el vacío que deje tras de sí. Este es el caso de don Leopoldo Torres Balbás, maestro inolvidable para muchos, maestro insustituíble para mí. Tan insustituíble que su magisterio vacante sólo lo puede llenar él mismo: con sus recuerdos, su influjo perdurable, sus obras, manantial seguro de enseñanza.

No queremos insistir aquí sobre los grandes merecimientos, sobre la gigantesca labor científica que nos ha dejado el arquitecto, el historiador y el arqueólogo. El hombre de ciencia pertenece a todos y todos lo han perdido. Pero existe el hombre de carne y hueso, el maestro, el amigo, el consejero, el guía, el hombre intransferible cuya intimidad han perdido unos pocos que son por esta razón doblemente afectados.

Entre estos últimos nos encontramos. Hemos crecido como arquitecto y como persona al lado de don Leopoldo. Hemos gustado del inmenso caudal de su amis-

tad. Hemos viajado con él, uniendo a la satisfacción de correr mundo la de su conversación. Hemos acudido muchas veces con placer al Instituto de Valencia de Don Juan y allí, en un ambiente decimonónico y refinado, hemos platicado con él largas horas.

Pero todo esto, aunque queda en el recuerdo, es difícil transmitirlo al lector. Resulta en cambio más hacedero, menos sujeto a error, recoger retazos escritos de su intimidad. Este es el inapreciable valor que tienen las cartas, género que por desgracia hoy cultivamos tan poco y tan mal y de cuyo valor nos damos cuenta en casos como éstos. Don Leopoldo, hombre que todavía tenía buenas raíces en el siglo XIX, era un consumado escritor epistolar. Reunidas sus cartas dispersas formarían un conjunto sabroso y vario del mayor interés.

Yo no he tenido demasiada correspondencia con don Leopoldo. En primer lugar porque me declaro un deplorable y perezoso escritor de cartas, y en segundo lugar porque mi convivencia con él las excusaba. Sin embargo, cuando permanecí un largo período como becario en los Estados Unidos tuve ocasión de corresponder con él y de recibir algunas cartas admirables, que guardo celosamente como precioso recuerdo.

Para pintar al hombre por sí mismo y no por mi torpe mano, me ha parecido oportuno exhumar aquí algunos fragmentos de este epistolario. Así tendremos un autorretrato mil veces más verídico y elocuente que el que nosotros pudiéramos hacer. Sin embargo, mucho de lo que en estas cartas se guarda, y acaso lo más sabroso, no puede recogerse aquí, y no por otra cosa, sino porque estando implícita o explícitamente mezclada mi persona me parecería vanidad o indelicadeza hacerlo.

La personalidad de don Leopoldo Torres Balbás no era presa fácil de captar al primer intento. Por temperamento era más bien reacio a la exteriorización y a la amistad superficial y ligera. Algunos pudieron tildarle de seco y hosco. Sin embargo, cuando se sentía ganado por un afecto verdadero y hondo, se entregaba por completo con una generosidad sin límites.

Esta aversión a lo externo, a lo espectacular, es una de las constantes de su vida modesta y acendrada: "No sé si tendré tiempo y humor este otoño—nos dice en una de sus cartas—para escribir el discurso académico, que hago sin entusiasmo. Las ceremonias solemnes me fastidian cada vez más, y el ser yo el protagonista, hasta la saciedad" (4-IX-51).

Don Leopoldo leyó por fin su discurso de ingreso en la Academia de la Historia el 10 de enero de 1954. Lo hacía sin entusiasmo. Pero no hay que confundir las cosas. Por lo que no tenía entusiasmo era por la ceremonia. Porque el discurso es magnífico y pieza capital en su género. Se titula "Algunos aspectos del mudejarismo urbano medieval".

Este hombre sentía en cambio hasta lo hondo la llamada de la patria. En otra ocasión me decía: "Me parece que ha hecho usted muy bien en emprender esa escapada y asomarse un poco a un mundo tan distintinto del nuestro. Espero que aunque se le presente una buena oportunidad de quedarse ahí no la acepte. Creo que es usted, como yo, de los que llevan metido hasta lo más profundo de la entraña el amor por esta España y las raíces de su suelo, a pesar de sus inconvenientes, que no son pocos, y vida incómoda" (19-VII-51).

Y poco más tarde me decía también: "Los que como yo y tantos otros, por amor a nuestra patria y deseo de que todo marche mejor, tenemos un espíritu crítico, además de sufrir interiormente, vamos acumulando antipatías y odios a través de la vida. Para mí la cosa no tiene importancia, por lo avanzado de ella. La gente, entre otras cosas por falta de costumbre, no tolera el más pequeño reparo" (27-XI-51). En la frase "para mí la cosa no tiene importancia" se revela su típico estoicismo.

De todos es conocida su vocación de pedagogo. Muchas promociones de arquitectos han pasado por su cátedra y todos tuvimos la impresión de que antes que existiera eso que ahora se llama "plena dedicación", él la había puesto en práctica sin darle ninguna importancia. Es más, siempre estuvo insatisfecho de su labor. "Desgraciadamente en la Escuela trabajamos poco profesores y alumnos, y el curso es extraordinariamente reducido. Una de las reformas más importante sería la de hacer que la enseñanza se tomase en serio imponiendo gradualmente una disciplina de trabajo que no existe" (29-I-52).

Su insatisfacción le lleva muchas veces a un inevitable escepticismo: "La última temporada de Madrid ha sido poco agradable. Cuando menos lo esperaba, me nombraron para presidir el Tribunal de Ingreso en la Escuela. Aunque dentro de él no ha habido dificultades, las molestias por recomendaciones y presiones de toda clase son siempre considerables, y, sobre todo, el convencimiento de que la selección es pésima y no sirve ni aun para escoger gente que sepa dibujar" (19-VII-

Su verdadera cátedra donde se explayaba su ánimo y donde se sentía maestro y casi padre eran los viajes escolares: "Como los alumnos quisieron ir a Andalucía, para que conocieran algo más que los recorridos ordinarios organicé la excursión por Jaén, Ubeda, Baeza, Porcuna, Villa del Río, Córdoba, Espejo, Castro del Río, Baena, Priego, Lucena y el Carpio. Los muchachos, excelentes, agradables y educados. Hemos pasado días admirables de campo y visto villas llenas de casitas humildes y encantadoras y de buenos palacios, Como impresiones más destacadas, el paisaje de Priego y el

Sagrario de San Mateo de Lucena, obra barroca, para mi gusto muy superior a los de las Cartujas de Granada y el Paular... Y ahora en Madrid otra vez sumergido—a pesar de mi aislamiento—en la contemplación de porquerías profesionales y no profesionales, de arrivistas y logreros sin escrúpulos. El ambiente es asfixiante y tremendamente desmoralizador para la gente joven" (22-X-51).

Observe el lector cómo, sin querer, por una involuntaria transposición de sentimientos, ha pintado el vivo contraste entre la placidez del campo, que le enamora, y los aspectos viles y repugnantes de la gran ciudad, que nunca tuvo para él atractivo. Lo dice concretamente de Madrid: "Confieso no sentir entusiasmo excesivo por la ciudad en que he nacido; tan sólo cuando puedo extender la vista hacia el Guadarrama me produce, como mirador, una impresión más satisfactoria. Pero sus primeros términos—vulgo Ciudad Universitaria—los están poniendo de tal forma que ni ese consuelo nos va a quedar; lo que sí encuentro perfecto es nuestro clima" (22-X-51).

Torres Balbás surge aquí hijo indiscutible de su tiempo. Ejemplo de aquellos varones que descubrieron la Sierra del Guadarrama como Jordán purificador de tanta miseria acumulada. Formado en el espíritu de los escritores del noventa y ocho, pudo dirigirse a la Sierra madrileña con las mismas palabras de Antonio Machado:

"Eres tú, Guadarrama, viejo amigo..."

Este hombre estoico como los grandes moralistas de la antigüedad, a veces escéptico y otras tantas deliciosa y benévolamente irónico, tenía en su trabajo, concienzudo, exigente y escrupuloso, su principal escudo para combatir los embates de la vida, su aliciente mayor, su justificación última. Su escrupulosidad aparece a cada paso: "El libro de planos de América apenas me ha dado que hacer. La "Introducción" la he corregido creo que tres veces y no he quedado satisfecho de su castellano. En la última aún rectifiqué malos giros, repeticiones, etc., que no me explico cómo se me pasaron en las dos anteriores" (4-IX-51).

Y no menos veces aparece su modestia: "Cada día que pasa me gusta más dejar en reposo las cuartillas en un cajón meses y aun años, pues, por mi manera de ser, lenta, y mi trabajo, esencialmente de acarreo y acumulación, como algunos vinos, ganan en calidad, sin que yo crea que lleguen a la categoría de un regular Rioja" (27-XI-51).

Este formidable trabajador se descubre a veces en situaciones insólitas y entonces lo relata, extrañado, con una deliciosa ingenuidad. En el verano de 1951 fué a Cádiz invitado para dar unas conferencias en los cursos de verano.

"En Cádiz—dice—hice una cosa de la que no tengo costumbre, y es la de perder el tiempo, sentado en los jardines, frente al mar, en el interior de las iglesias barrocas, paseando por las calles, en el Museo. Otra también desacostumbrada para mí fué la de largas tertulias después de las comidas con profesores de Cádiz, metidos en la organización del curso, y los de fuera, llegados para las conferencias, casi todos de la Universidad de Sevilla y algún extranjero. La mayoría son de estos muchachos de alrededor de treinta y cinco años, cortados todos por el mismo patrón, que creen que el mundo comienza con ellos. Creo que los dejé un poco escandalizados" (4-IX-51).

Estampa siempre repetida y siempre nueva. La juventud, segura de sí misma, afirmativa y dogmática, se revuelve contra la transigencia y relativismo de la experiencia y se escandaliza de que el mundo haya existido antes que ella, adoptando tantas y diversas formas. Para un historiador como Torres Balbás la razón no era de los unos ni de los otros; era la razón de la historia. Como todos los hombres puros y ansiosos de perfección, tenía también que escandalizar un poco; pero al hacerlo, con benevolencia, con ingenuidad siempre, era el amor, el amor que siempre tuvo a la juventud, el que le guiaba.